

Elena Morilla Margallo



*Espíritu  
de Invierno*

# Espíritu de Invierno

Elena Morilla Margallo

Título: Espíritu de invierno

Copyright © 2019 Elena Morilla Margallo

Diseño de portada: Elena Morilla Margallo

Edición electrónica: (2019) Elena Morilla Margallo

1ª edición: noviembre 2019

Todos los derechos reservados. Prohibida la copia o distribución, total o parcial de la obra.

# ÍNDICE

CAPÍTULO 1: FILIAN EL OSADO

CAPÍTULO 2: LA SEÑORA DEL INVIERNO

CAPÍTULO 3: EL POBLADO DE NIEVE

CAPÍTULO 4: EL ULULAR DEL BÚHO

CAPÍTULO 5: LA SUERTE DEL ESPÍRITU

SOBRE LA AUTORA

NOTA DE LA AUTORA

## Capítulo 1: Filian el Osado

Filian de Baldrenia estaba muy enfadado. Ni los blancos paisajes, ni la carne de ciervo asado, ni la compañía de sus hombres más allegados lograban aplacar al soberano. Tan solo el orgullo y el futuro castigo a los habitantes de esas tierras lograban mantenerlo pegado a la silla. Viajaba sobre un enorme purasangre, por aquellos inhóspitos senderos con el recién llegado invierno, que se había adelantado más de un mes.

La nieve se precipitaba en grandes copos y ralentizaba la marcha, provocándole más desasosiego. Habían partido del castillo del Baldren semanas atrás por orden suya, dejando el calor del hogar para dirigirse al pueblo más al norte de su reino. Filian odiaba el frío y el invierno más que a otra cosa. No soportaba pasar sus días encerrado entre los muros del palacio, lo que le obligaba a compartir tiempo y espacio con su hermano menor. Detestaba sentir frío a cada movimiento que hacía, notar cómo el cuerpo se adormecía y la mente se le atontaba. Aunque era cierto que el verano tampoco le gustaba por el excesivo calor y los constantes sudores, que le hacían sentir como un cerdo en el asadero. Al menos lo combatía mejor bañándose en el lago y viendo a las mozas desprenderse de las mangas y acortar sus vestidos.

En aquel momento lo rodeaba un bosque de coníferas desnudas y anegadas por la nieve, que parecía no tener fin. El rey combatía su malhumor haciendo lo que mejor sabía: maldecir el tiempo y quejarse de su hermano.

—Istian siempre ha sido el cabestro de la familia —explicaba al consejero Vendel, que cabalgaba a su lado—. Por ello mi padre, en las cenas de solsticio u otras celebraciones, lo sentaba en el extremo opuesto de la mesa. Era la forma de que no lo avergonzara delante de mercaderes o gente de alta cuna. Madre me decía que no se debía a eso, pero era evidente. —Hizo una pausa y se acomodó en la silla—. Por fortuna para el reino yo vine al mundo antes que él y cuando a mis padres al más allá partieron yo quedé al mando. Imagina cómo habría sido si todo hubiera recaído sobre él.

—Sin duda un desastre —convino el consejero.

—Aún recuerdo el día de mi coronación, que por poco no lo eché a patadas de mis aposentos. Vino a sermonearme, diciendo que el rey debía estar fuerte y gozar de buena salud para poder ayudar a su pueblo. Entonces me sugirió que bajara cada mañana a la arena y entrenara con los caballeros. —Frunció el ceño y resopló—. También añadió que debería comer más lechuga como él hace y menos chuletas. Y dejar tanta cerveza. ¡Yo soy el rey!, le contesté, y por ello puedo comer cuanto se me antoje. ¿Adivináis con qué argumentos me salió después?

El consejero se recolocó el abrigo y subió el cuello hasta la boca mientras exhalaba vaho.

—Me temo que no, majestad.

—Me dijo que daba muy mala imagen al pueblo y a mis súbditos, que los campesinos me maldicen porque ellos apenas pueden saborear un bistec al año. ¿Qué culpa tengo yo de que los dioses los hicieran pobres? Istian agregó que no solo se trataba de eso, que también muchos adinerados ríen y hacen chanzas a mis espaldas. Se burlan porque el trasero apenas me cabe en el trono y la barriga no me deja levantarme tan rápido como debiera. —Se frotó la tripa con orgullo—. Pero eso no es lo que a él más le preocupaba. Mi aspecto, añadió, no es el problema, sino mi

salud. Dijo que temía que me ocurriera lo mismo que a nuestro abuelo, al que el corazón se le paró en medio de una siesta.

—Vuestro hermano es un hombre que se toma muy en serio el cuidado de su cuerpo.

—Tanto que ni es normal para un príncipe. ¿De qué le sirve a un rey tener un buen aspecto mientras posea una voz que le permita dar órdenes? ¿Para qué quiero moverme deprisa cuando tengo a cientos de soldados que se mueven por mí más rápido? —Ladeó la cabeza con desaprobación—. No, Vendel, en mi familia los hombres siempre hemos gozado de los privilegios que los dioses nos dieron y sacrilegio sería no aprovecharlos. A Istian solo le falta trenzarse la melena y empolvarse la nariz para que le confundan con su querida esposa, de cuyo nombre jamás me acuerdo, por cierto.

—Alina, señor.

—Como sea. En todo caso es él quien da peor imagen que yo. ¿Recuerdas cómo se puso hace unos años cuando mi padre, que en paz descansa, hizo sacrificar al último unicornio que quedaba con vida?

—Todos lo recordamos, señor. Al joven Istian le invadió una gran tristeza, desde niño siempre estuvo prendado de esas criaturas y soñaba con prohibir algún día su caza.

—Sí. Y ni con ello mi padre logró que se comportara como un hombre.

La nieve caía con más fuerza y el frío se intensificaba a cada momento. Filian se rascó la barba y percibió los pedazos de hielo que se habían adherido a ella. Maldijo por septuagésimo tercera vez el clima y el lugar. Miró los árboles y el blanco paisaje que parecían no tener fin.

—¿Cómo pueden decir que esto es bello? —Filian señaló a su alrededor—. No hay más que nieve, hielo y árboles muertos. Ni siquiera hemos visto un solo bicho al que poder pinchar con las lanzas y entretenernos un rato. ¡Jansel! ¿Cuánto camino más nos queda?

—Muy poco, majestad —dijo uno de los caballeros que abría la marcha—. En pocas horas habremos llegado ya a Ísterith.

Filian volvió a maldecir y ordenó azuzar los caballos para ir más rápido. Aun así, el viaje aún duró hasta después del mediodía. Tuvieron que hacer frente a una gélida ventisca que se había levantado y sortear varios troncos caídos. Cuando al fin divisaron el pueblo frente a ellos, el rey había agotado su repertorio de insultos hacia el entorno. El famoso lago que daba nombre al lugar en ese momento permanecía congelado.

El pueblo era pequeño, no ocuparía ni un cuarto de terreno de la ciudad de Baldren. La gente se movía envuelta en gruesos abrigos y arrastraban por la nieve trineos cargados de leña. Todas las casas tenían la chimenea prendida y los tejados estaban cubiertos por un fino manto de nieve. En cuanto vieron llegar a los caballeros, los pueblerinos cesaron en sus tareas. Se reunieron en poco tiempo en un corro para ver a los recién llegados y enterarse de lo que ocurría. Ninguno se imaginaba que ante ellos tenían a su rey.

—¡Mirad qué hombre tan enorme! —gritó un niño mientras lo señalaba con el dedo—. ¡Nunca había visto a una persona tan grande!

—Debe comer tanto como una morsa —añadió otro niño.

—Seguro que más.

—¡Callaos, enanos mentecatos! —La voz de Filian salió quebrada por el frío mientras se alzaba para desmontar—. Cerrad la boca u ordenaré que os azoten y os corten la len...

No llegó a terminar la frase. Al intentar apearse la bota resbaló con un pedazo de hielo y aterrizó con las nalgas en la nieve bajo las patas del purasangre. Los pueblerinos no contuvieron sus carcajadas. Los caballeros Jansel y Aramis, que habían desmontado antes que él, tuvieron que

darse la vuelta corriendo. No evitaron que escuchara sus respiraciones entrecortadas. Vendel, el único que lograba mantenerse serio en aquella situación le tendió una mano y le ayudó con esfuerzo a levantarse. El monarca se sacudió el abrigo y avanzó altivo hacia la muchedumbre.

—¡Yo soy el rey Filian de Baldrenia! Y respeto es lo que habéis de darme. Ahora haré una pregunta y más vale que obtenga respuesta: ¿dónde está el alcalde?!

Los pueblerinos, que no parecían impresionados por tener al rey ante ellos se giraron y dejaron paso a un hombre de edad avanzada. Tenía el cabello entrecano y estaba cubierto de pieles de la misma forma que el resto, lo que impedía distinguirlo. Este parecía ser el más serio de todos, tal vez preveía lo que ocurriría.

—Mi nombre es Marbo, majestad —dijo el hombre inclinándose en una torpe reverencia—. Yo dirijo este pueblo, como mi padre hizo antes que yo. Sed bienvenido a Ísterith.

—Bien, contigo quiero tener una conversación, pero primero preciso de un lugar caliente y un asiento decente.

—Por supuesto, permitid que os acoja en mi hogar.

Acompañaron al alcalde hasta su casa. Era un edificio no mucho más grande que los establos de palacio, aunque muy alto, hecho de piedra y madera. El interior le recordó a un corral. No tenía apenas decoraciones, ni trofeos de caza. Allí vivían un par de mujeres a las que el alcalde dio órdenes y solo se apresuraron a cumplirlas cuando él insistió. Tenía una larga mesa a un extremo y una pila de sillones dispuestos en círculo alrededor de una gran chimenea. Filian comprobó que en la parte de arriba solo había un par de camas hechas de paja y lana.

—¿Esta es forma de recibir a un rey? ¿Pretendes que duerma en el suelo como los perros?

—Perdonadme, majestad. Haré que os preparen cuanto antes un lecho digno de vos. Me temo que no fui informado de que veníais al norte, no esperaba que aparecierais y menos por estas fechas.

Filian se dejó caer en uno de los sillones que se hallaban junto a la hoguera. El consejero Vendel se sentó su lado y los caballeros se dispusieron en la mesa dispuestos a probar la comida y la cerveza que una de las mujeres les servía.

—Por supuesto que no estabais informado —dijo el rey mientras se cruzaba de brazos—. Después del último mensaje que me llegó de este pueblo me eché al camino sin dudarle con el objetivo de poner orden.

Por supuesto, la realidad no había sido del todo así. Si bien era cierto que hizo el viaje para que el alcalde rindiera cuentas, su motivación principal fue una discusión con Istian. Su hermano había sugerido que él no sería capaz marcharse al norte él mismo en lugar de enviar más lacayos a hacer su trabajo. Tras el recorrido Filian siempre podría replicarle con orgullo que podía enfrentarse a cualquier reto.

—Lamento mucho las malas nuevas que os llevé —dijo el alcalde—. Pero, por favor, os ruego que no lo paguéis con esta noble gente, ninguno tiene culpa.

—¿Sabéis qué fechas serán dentro de poco, señor Marbo? —dijo Filian—. Comienzan las fiestas del solsticio de invierno. Vendel, ilustra al alcalde lo que sucede en esas fechas.

El consejero, que había estado absorto disfrutando del calor que le confería la chimenea, se aclaró la garganta antes de hablar.

—En las sagradas fiestas del solsticio de invierno el rey se deleita con una gran cena, acompañado de la familia real y la corte. Esta celebración suele estar provista de carne de ciervo o reno, vino y vuestra famosa cerveza, que a nuestro rey...

—La cerveza de Ísterith —repitió Filian—. Que no ha llegado este año a Baldren. Tampoco

hemos recibido la carne de reno, ni de foca, ni de ciervo... nada. La corte está que echa pestes sobre este pueblo y no les falta razón. Y a mí tampoco, ya os vale dejar al rey sin sus costumbres... y por segundo año consecutivo.

—Comprendo vuestro enfado, majestad —El alcalde habló con mucha cautela—. Me encantaría poder complaceros como deseáis. Sin embargo, debo explicaros que los últimos inviernos están siendo más duros de lo habitual. La estación se ha adelantado y eso ha hecho que en poco tiempo los animales se hayan ido y guarecido en sus cuevas. La poca carne que conseguimos no podemos venderla, pues nos arriesgaríamos a la hambruna el resto del invierno. —Juntó las manos bajo el mentón mientras tomaba aire—. Esta gente trabaja sin cesar cada día en condiciones muy duras para que sus hijos puedan comer y sería injusto negarles...

—¿Injusto? Aquí yo digo lo que es justo y lo que no. Sois mis vasallos y vuestro deber es que nada me falte. Así lo mandaron los dioses y así ha de...

—Los dioses —interrumpió entonces el alcalde—, ordenaron del mismo modo que el rey sirviera a sus vasallos para que pudieran vivir. Hace meses que no llega ninguna caravana provista de hierbas y medicamentos. Han pasado años desde que demandamos maestros para los niños, con nuestra cultura el pueblo podríamos aportar más al reino. Hace mucho tiempo que rogamos por mano de obra que nos ayude a reconstruir parte del pueblo que se cayó tras una gran nevada. Y necesitamos arreglar los caminos que impiden...

—Basta, os ordeno. No consiento que nadie se crea con el derecho a decirme cómo he de reinar. Escucho muchas quejas y pocas soluciones. ¿Es que los mozos aquí no saben cortar madera y clavar hierros? Vuestros niños tienen suficiente con aprender a lancear bien, moler la cebada y picar hielo. Y no podemos tener medicamentos para todos. —Se removió en la butaca y echó los hombros hacia atrás—. Lo que a este pueblo le falta es dejar de lamentarse y ponerse a trabajar. Veréis, alcalde, como mi presencia aquí logra su objetivo y en cuanto a vos... Ya veremos si tendréis oportunidad de continuar con el mandato. Además, dentro de poco el invierno dejará de ser un impedimento.

—¿Cómo, majestad?

—Ya lo anunciaré en su momento. Ahora quiero una cena como toca y un lecho donde reposar la espalda y el trasero. Menudos caminos, tan escarpados y llenos de hielo que ningún carro atraviesa. ¡Vaya forma de hacer viajar al rey!

En muy poco tiempo tuvo todo lo que pidió. La despensa del alcalde se vació con rapidez ante las exigencias de su rey. Marbo, lo único que podía hacer era obedecer y mantener las formas lo mejor que sabía. Cuando cayó la noche a Filian no le quedaron fuerzas para seguir protestando. Se dejó dormir en la cama que Marbo le había improvisado tan pronto como su cabeza tocó la almohada.

La paz le duró al alcalde hasta la mañana siguiente, cuando horas después del alba sus gritos anunciaron que se encontraba despierto. A su orden una de las mujeres, hermana del Marbo, acudió a informarle que ya habían servido el desayuno. Filian, al observar la comida, torció la nariz y se dirigió a los caballeros que comían mientras hablaban entre ellos de temas banales.

—¿Qué es esto? Cuatro trozos de pan mal cortado y ni un solo bollo. ¿Cómo va a empezar uno la mañana alegre? En fin, qué se puede esperar.

La hermana del alcalde puso un mal gesto mientras le servía leche fresca y se fue de allí a paso decidido.

—Ni mozas agradables tiene este sitio —remarcó Filian.

Cuando terminó el desayuno se puso su abrigo de piel. Acompañado por Vendel y un par de caballeros, salió para dar un paseo por el pueblo. A aquellas horas la gente trabajaba y se movía de un lado a otro. Pasó frente a la herrería donde un hombre mayor fabricaba pequeños utensilios. Visitó también el molino y un par de granjas. Por todos lados se quejaba a la gente porque era muy lenta. Decía que podían hacer mucho más, aunque ello conllevara levantarse antes o cargar con más peso. Durante la visita al molino contempló con desprecio al matrimonio que habitaba allí. La mujer trataba de cargar con un saco y su marido acudía a ayudarla. Cuando el joven se acercó a recibirles no pudo evitar señalar su falta de implicación en el trabajo.

—El molino requiere de gente entregada, que no tema romperse las uñas —dijo Filian—. Personas con aplomo que se aseguren de que todo marche bien y en el menor tiempo posible. No se necesita, sin embargo, a mujeres que ni siquiera tienen la voluntad llevar un saco de un rincón a otro. Y menos de maridos que les consientan esa comodidad.

—Con todo respeto, majestad, debo decir que os equivocáis —dijo el molinero—. Habéis interpretado la situación de manera errónea. Melva es una mujer muy trabajadora y es fuerte como un toro. Es tan aplicada que quiere ayudarme incluso cuando no puede. —El joven cambió el peso de un pie a otro—. Hace tan solo unos días que alumbró a nuestro hijo y aún no se ha recuperado. Le pido que guarde cama y repose, pero ella es tozuda y desea volver al trabajo.

—Y pensaba que no hallaría a alguien peor que Istian... —murmuró Filian.

A mediodía, después de su recorrido, se reencontró con el alcalde Marbo. Este había reunido a varias personas del pueblo y ordenado preparar algo especial para el rey. Sacaron la larga mesa del salón del alcalde y la colocaron a un extremo de la plaza donde se sentarían el monarca y sus hombres. En poco tiempo comenzaron a llevar bandejas y platos de lo más variopintos para agrado de Filian.

—He ordenado preparar una comida especial —dijo Marbo—. Además de un espectáculo que reservamos para la noche del solsticio. Pero, al contar con vuestra presencia creo que podremos disfrutarlo un poco antes.

—Así es como ha de hacerse —dijo el rey mientras caminaba con orgullo hacia el centro de la larga mesa.

Se sentó junto a Vendel y el alcalde, los caballeros ocuparon el resto de las sillas. Mientras degustaban los manjares que la gente había preparado con esmero y a contratiempo, contemplaron una pequeña actuación de los niños. El alcalde le explicó que estaban interpretando la llegada de la Señora del Invierno. Era la reina de los espíritus de aquella estación que llevaba las nieves, el frío y el hielo. Vieron cómo unos cuantos mozos celebraban la llegada de aquella entidad, interpretada por una niña vestida de blanco. En cuanto la vieron los niños comenzaron a festejar y agradecer su presencia.

—Ahora podremos patinar sobre el lago —dijo un niño.

—Y lanzarnos en trineo.

—Y hacer esculturas de nieve.

—Y vendrán los espíritus del invierno para que no tengamos miedo.

—Espíritus... —murmuró el rey mientras daba otro mordisco a un muslo de pollo—. Increíble que aún haya gente que crea en ellos.

Marbo iba a decir algo al respecto, pero el consejero Vendel se le adelantó.

—Ísterith es el pueblo más antiguo y apartado del reino, majestad. Fue durante cientos de años habitada por los thiodos. Una tribu con unas creencias muy arraigadas a la naturaleza y a los espíritus. Hay quienes creen que fueron bendecidos por la Señora del Invierno y que por ello son el

pueblo mejor dotado y acostumbrado al terreno helado.

—Eso son paparruchas, fantasía de una gente aislada y con demasiada cebada.

—Tal vez. Sin embargo, para muchos de ellos no son fantasías, incluso sigue habiendo thiodos ocultos en las montañas, ¿verdad, señor Marbo?

—Es cierto. Ellos, al igual que nosotros viven del invierno, nos hemos hecho a él. De vez en cuando vemos a alguno, aunque pocas veces hablan con nosotros. Nos llevamos bien, el frío nos une.

—Pues esa unión no durará demasiado —dijo Filian mientras se chupaba los dedos.

—¿A qué os referís, majestad? —preguntó Marbo.

—Vendel, es hora de que explique a estas nobles gentes lo que su rey tiene entre manos.

El consejero se levantó obediente, justo cuando los niños terminaban su interpretación y los adultos aplaudían. El hombre se aclaró la garganta. Habló en voz muy alta para asegurarse de que todos los presentes le escucharan, algo que se le daba muy bien. La gente se quedó en silencio en seguida, expectante.

—Pueblo de Ísterith, en nombre de vuestro rey Filian II el Osado se os comunica que en menos de un año no habrá más inviernos en nuestro reino. Hace unas lunas un hechicero bien dotado de la corte halló la manera de que solo hiciera buen tiempo. De esta forma nos convertiremos en el primer pueblo del mundo capaz de doblegar la naturaleza a nuestro antojo. Seremos envidiados y admirados por otros.

Durante un largo tiempo no se escuchó nada, los pueblerinos se miraron entre ellos, después comenzaron a murmurar por lo bajo. Nadie dio saltos de alegría ni vitoreó tal como Filian había imaginado de pasaría. Así sucedió en la corte cuando lo anunció.

—¿Y qué será de nuestros oficios y costumbres? —dijo de pronto un leñador—. ¿Y la flora y la fauna de este lugar? Todo eso desaparecerá.

—Así es el progreso —dijo Filian—. No puedo hacer un castillo más grande y resistente sin derribar el que ya tengo.

—La Señora del Invierno se enfadará —dijo una niña con los brazos cruzados.

—Esa mentecata sabrá entonces quién manda —contestó el rey.

La gente murmuró de nuevo entre sí. Filian vio que Marbo parecía desolado y que era incapaz de mirar a los suyos a la cara.

—La naturaleza no se puede doblegar —dijo una anciana al mismo tiempo que ladeaba la cabeza—. Aunque consigáis eliminar el invierno las consecuencias serán nefastas. Y los señores del resto de estaciones vengarán a su hermana de forma severa.

—En ese caso los eliminaré también —Filian hinchó del pecho con orgullo.

—¡Silencio! —gritó entonces un niño mientras señalaba al fondo de la plaza—. ¡Mirad! Es un espíritu del invierno.

Todos se volvieron en la misma dirección y contemplaron con asombro a un reno blanco como la nieve. El animal se paseaba con calma por las calles. Los observaba sin atisbo de miedo y continuaba su camino entre las casas. El rey se puso de pie lo más rápido que pudo, con los ojos abiertos como platos. Movi6 la mesa con su panza y derram6 algunas copas.

—¿Habéis visto qué pieza, caballeros? Vamos, no quiero perderlo.

El resto de los hombres se levantaron y fueron en grupo tras el animal. Este estaba en las afueras del pueblo y se dirigía al lago congelado.

—¡Rápido, coged un arco o una lanza! Tendremos para cenar varias noches. Luego me dicen que les escasea la comida...

—Majestad —dijo entonces Marbo—. Por favor, os lo ruego. Ese animal no es como cualquier otro. Para nosotros es muy especial y algunos lo consideran incluso sagrado.

—Pues no lo será más que la voluntad de su rey. Aramis, abátelo.

La gente que se hallaba cerca comenzó a protestar y a rogar a los caballeros que perdonaran la vida del animal. Algunos incluso se ofrecieron a llevar más comida para el rey si así lo deseaba. Aramis, tomó su arco y se adelantó, tensó la cuerda. Tras varios segundos se quedó inmóvil ante los gritos de los más pequeños. Bajó el arco y la cabeza, avergonzado. Filian se adelantó, con el ceño fruncido y le arrebató el arma de las manos del caballero. Dio unos pasos más al frente y apuntó. El reno se hallaba ya en el lago, bastante alejado. Soltó la flecha y esta acertó en la pata del animal. Todos escucharon el chillido y vieron cómo intentaba huir, cojeando, hasta que se cayó sobre el hielo. Filian tomó otra flecha y apuntó de nuevo, acertó en la cabeza y terminó con la agonía del reno y de los presentes.

—Para esto sigo en forma —dijo Filian.

Al mirar tras él vio a los pueblerinos abrazados, a los niños que lloraban y otros cabizbajos. Iba a responder cuando de pronto algo le golpeó la cabeza y se deshizo en ella. Una bola de nieve. Volvió a girarse hacia el lago y fue acertado en la frente.

—¿Quién osa molestar al rey?

Una nueva bola le dio en la barriga. Fue entonces cuando distinguió una pequeña silueta en el interior del lago. Era la figura de una niña. De pronto una nueva bola le acertó en el hombro.

—Ahora verás, mocosa, te enseñaré respeto a manos del cinturón.

Filian tomó la espada del caballero Jansel y se encaminó hacia la joven a paso decidido, adentrándose en el hielo. La niña salió corriendo en dirección contraria. Escuchó de pronto la voz del consejero a sus espaldas.

—Majestad, volved ahora mismo, es muy peligroso.

—Peligrosa una chiquilla... —murmuró él sin detener su avance.

Llegó hasta la altura del reno, la niña se había parado más lejos y le observaba. De nuevo escuchó los gritos de Vendel y esta vez sus caballeros y el señor Marbo se unieron a él.

—¡Volved! —La voz del consejero se alzó más alto que nunca—. ¡Que se rompe!

—¡El hielo, majestad! —advirtió Jansel—. ¡Se quiebra!

Filian se detuvo en seco y miró a sus pies. En efecto bajo él había una enorme grieta que antes no estaba y que se extendía a cada paso que daba. Escuchó el crujir del hielo bajo su peso, que auguraba un fatal desenlace. Se dio media vuelta, vio a Aramis corriendo hacia él todo lo deprisa que podía. Él también se movió, llevado por el miedo. Comenzó a correr de vuelta hacia ellos, como hacía años, aunque ya no se movía a la misma velocidad. Apenas avanzó unos pasos cuando, a un instante de que el caballero llegase a su lado, la plataforma helada cedió. De pronto se vio envuelto en las negras y gélidas aguas. Intentó mover los brazos, luchó contra su propio peso y el de su abrigo empapado que lo empujaba hacia el fondo. Solo logró que al ascender sus manos chocaran contra el hielo y fuera incapaz de hallar la obertura. Luchó cuanto pudo, pero de nada le sirvió. Se quedó inmóvil mientras el aire de sus pulmones salía y el calor de su cuerpo le abandonaba en un instante. Cerró los ojos y dejó de luchar. Permitted que el lago engullera su cuerpo y mientras descendía vio cada momento de su vida pasar ante él. Al llegar al final de todo solo pudo pensar de forma fugaz en su hermano.

Así fue cómo el reinado de Filian II de Baldrenia, el Osado, terminó. Sin embargo, no fue el final de su viaje.

## Capítulo 2: La Señora del Invierno

Filian despertó en la cima de una montaña nevada. Para su sorpresa no sentía frío, a pesar de estar echado sobre un grueso manto de nieve y despojado de sus ropajes. Se puso de pie y caminó. Comprobó que sus pies no se hundían. Miró a su alrededor, estaba tan alto que las nubes quedaban debajo de la cima y creaban un denso mar que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Se acercó a los bordes y tras dar un rodeo a la zona vio que era imposible descender. El suelo se cortaba de forma abrupta y le impedía bajar.

De pronto una luz apareció a sus espaldas y al contemplarla lo cegó. Entendió entonces que se trataba del sol. Amanecía como siempre, solo que mucho más rápido. En pocos minutos pasó mañana y en breve fue mediodía. Antes de que pudiera dar crédito de aquel fenómeno el sol se ocultó al otro lado de la cima y llegó la noche. Comenzó a dar vueltas y a hablar consigo mismo. Se negaba a aceptar la realidad y ver lo que tenía ante él. El sol salió y se ocultó tres veces más. A la quinta noche de estar allí vio una estrella que descendía del firmamento. Tenía una luz casi tan resplandeciente como el propio sol. Se detuvo de forma suave sobre la montaña y se apagó despacio hasta que dejó de brillar. En su interior vio una silueta femenina que caminaba hacia él con gracia y tranquilidad. Filian se quedó inmóvil, jamás había visto una mujer igual. Su piel era tan blanca como la leche, sus cabellos lo eran más todavía y su vestido estaba compuesto de hielo y nieve. Sus ojos parecían hechos de vidrio. Filian sabía reconocer a una reina cuando la veía. Por primera vez desde que murió su padre, hincó la rodilla en el suelo y bajó la mirada a sus pies. Rogó porque su juicio fuera breve.

—Levántate, osado rey. Aquí no existen las costumbres palaciegas.

Él se levantó, pero fue incapaz de mirarla a la cara.

—Disculpadme, noble dama. Me avergüenza y me indigna estar desnudo ante vos.

—No soy ninguna dama, la forma que ves es solo una apariencia porque la verdadera no la puedes ver. Estás aquí como espíritu.

—Así que este es el final —Filian se mantuvo cabizbajo—. ¿Qué sigue ahora? ¿Atravesaré una luz al más allá donde me esperan mis difuntos? ¿Caeré en un caldero lleno de lava? ¿O habrá un juicio primero para decidir dónde voy?

—De haber tenido una muerte normal, noble rey, estarías ya en el reino de los difuntos junto a aquellos que te aguardan. Pero me temo que tu recorrido por el mundo de los vivos no ha terminado, por eso estás ante mí. Tienes una deuda conmigo que has de pagar primero.

Él frunció el ceño y sus labios temblaron.

—Me temo que no lo comprendo, mi señora. No he hecho nada que haya podido...

—Mataste a un espíritu del invierno —dijo ella con la voz fría.

—¿El reno? —exclamó Filian sorprendido—. Si... solo era un animal.

—En apariencia, pero un alma más, que tiene el mismo valor que la tuya. De haber sido en caso de necesidad te habría perdonado.

—Bueno... pretendía dar de comer a todos los pueblerinos. En el invierno les escasea la comida.

—Si fuera ese el caso lo perdonaría, pero no lo es. De nada te servirá justificar tu avaricia ante

mí. No es mi intención castigarte, soy el invierno y he de ser imparcial en todo. —Dio unos pasos en su dirección y entornó los ojos—. No obstante, he perdido uno de mis vasallos y tú me compensarás. Serás un nuevo espíritu del invierno y cumplirás tu cometido hasta que logres favorecerme y saldes tu deuda.

Filian se miró a sí mismo, avergonzado de su aspecto entonces frágil y desprotegido ante ella. Nada deseaba más que alcanzar la paz y, aunque aquella mujer dijera que no lo castigaba, lo cierto era que a él le parecía una condena.

—¿Y qué cometido habré de cumplir?

—Eso tendrás que descubrirlo tú. Nada más te diré, el destino se encargará de que lo averigües.

—¿Y podría... rechazar esa oferta?

—Si te niegas a pagar la deuda estarás condenado a permanecer aquí el resto de la eternidad. Verás transcurrir un día tras otro hasta que el mundo se apague, y cuanto más tiempo permanezcas más despacio pasarán los años.

Filian miró la cima y se imaginó estar allí para siempre.

—No tengo elección, pues. Que sea como mandáis, encontraré la manera de saldar la deuda y volveré para reunirme con mis padres.

—Aproxímate al borde de la cima, rey, y no temas, pues nada puede pasarte. Si bien es cierto que rara vez doy consejos esta vez te diré algo que tal vez te ayude; el camino que te ha traído hasta aquí no es el mismo que te hará marcharte. Una vez dicho esto te deseo suerte, espíritu, y que el destino te lleve a tu lugar.

Comenzó a soplar una fuerte brisa que procedía de ella, era un viento gélido y veloz que lo empujaba hacia atrás, en dirección al abismo. Filian no pudo decir nada más, el viento ahogaba sus palabras, cada vez más intenso. Comenzó a arrastrarlo como si de una hoja de papel se tratara. El miedo lo invadió entonces, a pesar de que la Señora del Invierno le había dicho que no tenía razón alguna para temer. Intentó aferrarse a un saliente de roca, pero la fuerza del viento era devastadora. Sus brazos se despegaron sin que pudiera impedirlo y de pronto perdió pie. Notó cómo la tierra le absorbía y se zambullía en aquel mar de nubes. Una vez las atravesó su cuerpo fue arrastrado como una pluma debido a una fuerte ventisca. Y mientras caía notó cómo muchos copos de nieve se quedaban pegados a su cuerpo. De pronto volvía a pesar y el frío de nuevo calaba en su piel. Continuó descendiendo más deprisa. Vio el suelo a cada instante más cerca de él y cerró los ojos. Esperó el impacto que no tardó en llegar.

Cayó sobre un cúmulo de nieve y rebotó en esta varias veces antes de detenerse del todo. Se quedó echado bocarriba mientras contemplaba la tormenta helada que lo envolvía. No sintió dolor, pero sí le costó un rato ubicarse y asimilar que nada de aquello había sido un sueño. No tenía más futuro que encontrar la forma de compensar a la Señora del Invierno, aunque ni siquiera sabía cómo iba a comenzar a hacerlo.

Decidió moverse. Le costó mucho darse la vuelta y desenterrar sus brazos de la nieve. Al principio pensó que estaba pegada a su cuerpo. Intentó sacudirla y entonces cayó en la cuenta de que no eran copos lo que llevaba sobre la piel sino plumas. Miró sus extremidades. Ya no había manos, ni codos, su lugar lo ocupaban dos alas blancas. Observó entonces sus pies, los cuales eran dos patas que terminaban en garras afiladas. No comprendía en qué se había convertido, pero estaba seguro de que ya no quedaba nada del hombre que fue. Se movió con gran esfuerzo, en dirección a la ladera que descendía. Aún le quedaba un buen trecho hasta llegar al final de la montaña. Su cuerpo era muy ligero y temía que en cualquier momento saliera despedido arrastrado

por la ventisca.

Le llevó unas horas descender y al alcanzar un prado anegado de nieve el viento dejó de soplar con tanta fuerza. A lo lejos distinguía unas montañas y un bosque de coníferas. Entre medias se extendía lo que parecía ser un enorme lago congelado, mucho más grande que el que había en Ísterith. No sabía qué dirección tomar ni dónde se hallaba. Se adentró en la nieve y continuó por ella. La ventaja de aquello era que su nuevo cuerpo se movía con facilidad. Sus patas eran fuertes y a pesar de todo lo que llevaba recorrido no estaba cansado. Cuando pasaron varias horas comenzó a tener sed y por mucho que buscó no encontró ninguna zona donde beber. Cansado del continuo silencio comenzó a hablar consigo mismo.

—¿Cómo no iba a odiar el invierno? Tan inhóspito, tan frío, tan falto de todo... Y ahora encima tengo que servirle y pagarle una deuda. Era el rey, por los dioses, tenía derecho a matar lo que quisiera. ¿Dónde está el agua? ¿Cómo viven aquí las bestias y los animalejos de los que tanto hablaban los juglares? Todo a mi alrededor está más muerto que yo.

Llegó al final de las colinas nevadas y se detuvo frente al hielo de aquel lago. Lo contempló con desconfianza.

—Demonios, ya estamos otra vez. Espero que al menos este suelo sea resistente.

Puso una pata sobre el hielo y comenzó a avanzar despacio. Parecía bastante sólido y, a pesar de que a cada momento vigilaba sus patas, no apareció bajo ellas ninguna grieta. Resbaló varias veces y en todas se levantaba con dificultad mientras lo maldecía todo. Al cabo de un tiempo miró el cielo. No sabía qué hora era, había nubes por todas partes y no podía ver el sol, pero sí hacía la suficiente claridad para saber que aún era de día. Distinguió entonces, a poca distancia de donde estaba, un agujero en el hielo. Bajo este escuchaba el movimiento inconfundible del agua. Casi corrió hacia el lugar, movido por el deseo de calmar su sed y olvidó su miedo a caer de nuevo.

—¿Y qué más da si me caigo? —reflexionó en voz alta—. Si ya me he muerto no me puedo morir otra vez. ¿O sí? ¿El reno también sería humano? Culpa suya entonces, pues podría haber hablado y ahorrarme la persecución.

Llegó al borde de la grieta, abrió la boca todo lo que pudo y la metió en el agua. A punto estuvo de bañarse en ella. Comenzó a beber y al segundo trago se detuvo de pronto. Retrocedió un poco y tosió unos horripilantes graznidos al aire.

—Por los dioses, si esta es la suerte que me espera la eternidad va a ser larga. Esto tiene de lago lo que yo de paje.

Miró a la lejanía y contempló el mar congelado que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Con seguridad, en primavera aquello se transformaría en una larga costa.

Se acercó de nuevo a la grieta, percatándose entonces de que podía ver su aspecto reflejado en el agua. Al fin descubrió lo que era. Tras un largo instante contemplándose con atención se movió y comprobó que era él. Había dejado de ser el joven rey de cintura ancha y brazos rollizos para convertirse en un búho de enormes ojos saltones. Tenía unas plumas tan blancas que parecían fundirse con el entorno nevado. No era un animal común, su claridad emitía un resplandor tenue y sus alas poderosas le hacían ver como aquellas míticas criaturas que los artesanos esculpían en las columnas del palacio.

—En fin —dijo Filian mientras miraba las alas en el reflejo y posaba con la cabeza erguida—. No seré más un rey, pero sigo siendo majestuoso.

De pronto unos enormes ojos que no eran suyos aparecieron en el agua y la visión de una mandíbula abierta le hizo dar un brinco hacia atrás. Cayó sobre su espalda sorprendido por la enorme cabeza que emergió del hielo, seguida de un cuerpo oscuro, delgado y ágil. Hasta aquel

momento Filian solo había visto focas pintadas en libros. No sabía mucho de ellas, pero dedujo que en aquel ambiente no comerían hierba. La foca emitió un sonido parecido al ladrido de un perro, su tamaño en comparación con él era enorme y abrió sus fauces en su dirección. Filian, asustado, se revolvió. Evitó su embiste y agitó las alas por primera vez desde que las tenía. Se elevó en el aire muy deprisa y escapó de aquellos dientes que le perseguían. Solo cuando estuvo bien lejos de la foca se paró a pensar en que estaba volando y que avanzaba más deprisa de lo que nunca se había movido.

—¡Por Filian II, rey de Baldrenia! ¡Mirad todos, personas y animales del mundo! Vuestra majestad ya no necesita caballos ni mensajeros. ¡Ahora puede ir más lejos y más alto que nadie!

En poco tiempo sobrevoló aquel mar de hielo y no tardó en llegar a las montañas. Lo que le habría llevado días cruzar lo atravesó en horas, y mientras pasaba sobre las cimas más altas notó que la luz comenzaba a escasear. Pronto caería la noche, lo que significaba que debía buscar un lugar donde resguardarse del frío, que sería mucho más intenso que entonces. Ante él tenía otro bosque de coníferas aún más extenso que el que acababa de dejar atrás. Una ráfaga lo desvió y lo empujó hacia la falda de una de las montañas. Fue entonces cuando oyó aquel eco. Un grito que se extendía y que al escucharlo mejor comprendió que se trataba de una voz humana.

Movido por la curiosidad descendió en dirección al origen de aquellos gritos, los cuales se intensificaban. Eran tres las voces que escuchaba. En cuanto llegó a la altura de los primeros árboles vio a un grupo de personas que ascendían por una ladera. La nieve allí era muy abundante y muy poco compacta, pues las piernas se les hundían hasta casi las rodillas. A pesar de ello ni la dificultad del terreno, ni la inminente caída de la noche parecía detener a aquella gente.

—¡Adalith! —gritaba una mujer con angustia.

—Más bajo, Odrith —le advirtió el hombre que la acompañaba—. No debemos provocar que más nieve caiga.

—Necesito encontrarla, Emmer —dijo al borde de las lágrimas.

—No nos iremos sin ella, te lo prometo.

Filian estaba seguro de que se trataba de un matrimonio, los acompañaba un niño de no más de diez años que por sus rasgos sería el hijo de ambos. Todos vestían pieles que los cubrían por completo. Sin embargo, a diferencia los habitantes de Ísterith la ropa parecía cosida de cualquier forma y carecía de toda clase de adornos.

Voló por encima de ellos, cada vez estaba más oscuro, pero sus ojos veían muy bien de noche. Avanzó montaña arriba, dejándolos atrás, hacia el lugar donde terminaban los árboles. Por alguna razón que no comprendía supo que debía ir allí, en aquella dirección y no en otra.

—Busco algo —Descendió un poco mientras escrutaba el terreno—, pero no tengo la menor idea de qué. Ya podría la Señora del Invierno haber dado una información más detallada.

Al pasar por encima de una conífera encontró lo que buscaba. Estaba sobre unas rocas, sentada y encogida por el frío, rodeada de nieve y echa un ovillo, con la cabeza apoyada en sus piernas. Comenzó a volar en círculos, descendiendo despacio y con mucho cuidado de que el viento no lo hiciera chocar contra las ramas. Llegó hasta el suelo y se posó sobre una roca, frente a la pequeña que permanecía inmóvil y que no parecía haberse percatado de su presencia. La niña vestía de la misma forma que la familia, con pieles gruesas que la cubrían de arriba abajo. No le echaba más de ocho años. Levantó la mirada y lo contempló, sus cabellos negros como el azabache cayeron hacia atrás y le dejaron ver su rostro. Filian abrió mucho los ojos. Había visto antes a aquella niña, la recordaba. Fue solo un instante y de lejos, pero estaba seguro de que era ella. La pequeña sonrió y alargó su mano hacia él, queriendo acariciar sus plumas. Filian aleteó y se alejó

posándose en otra roca más cercana mientras continuaba observándola con desconfianza.

—No tengas miedo de mí, espíritu —dijo ella—. No te haré daño.

La voz le temblaba y los dientes le castañeaban. Se estaba muriendo de frío y aun así hablaba con calma y sonreía. Él se mantuvo quieto, sin saber con qué fin algo en su interior lo había arrastrado a ese lugar, ni qué debía hacer a continuación. Para su alivio una voz cada vez más próxima rompió aquel incómodo encuentro.

—¡Adalith! —clamaba el hombre—. Grita, hija, si estás cerca, para que podamos encontrarte.

La niña volvió la cabeza atrás y Filian vio las tres siluetas de la familia que se acercaba al lugar donde estaban. La mujer pareció dar un salto y la señaló exaltada.

—¡Allí, Emmer! Sobre la roca. Ya la veo. ¡Adalith, no te muevas! ¡Ya vamos a por ti!

El asunto parecía que iba a terminar allí y sin que Filian hiciera más que estar parado como un pasmarote. Sin embargo, al instante sintió una vibración bajo sus patas que se acrecentaba a por segundos. La tierra comenzó a agitarse, a cada momento con más violencia. Abrió mucho los ojos al percatarse de que desde la cima una enorme avalancha se cernía sobre ellos. Parecía una gigantesca ola a punto de engullirles. Las personas se quedaron paralizadas. La niña, al ver el alud dejó a un lado la serenidad y gritó de espanto. Se cubrió la cabeza con los brazos y hundió el rostro en su pecho, aguardó a que la tragedia sucediera. Él notó entonces algo en su interior que jamás había sentido, no sabía qué era ni tenía intención de averiguarlo entonces, pero le dio coraje. Saltó, agitó sus alas y se puso delante de la niña. Las abrió todo lo que pudo. El resplandor que lo envolvía se hizo mucho más intenso y se extendió ante ellos. La nieve llegó y pareció chocar contra un muro bien sólido. La avalancha cayó por los lados y tardó en detenerse. Cuando el peligro hubo pasado tanto Filian como aquella pequeña salvaje se encontraban ilesos. Estaban rodeados de varios palmos de nieve que instantes antes debían haberlos sepultado. Su luz se atenuó despacio, sus alas se plegaron y cayó sobre aquel colchón frío y blando. Sus ojos se entrecerraron mientras veía sus siluetas llegar hasta donde estaban. La mujer estrechó a la niña entre sus brazos y rompió a llorar de alegría. El hombre se abrazó a ellas también. El niño fue el único que, tras ver que la pequeña estaba a salvo, caminó hacia aquel búho blanco y se agachó con las manos abiertas. Tomó su cuerpo con cuidado y lo levantó del suelo, inerte. Lo rodeó con sus brazos y pronto Filian sintió que el frío disminuía. Cerró los ojos al notar el balanceo al caminar. Sus fuerzas perecieron hasta impedirle el movimiento.

—¿Qué traes ahí, Izmer? —preguntó la mujer.

—Es un espíritu del invierno —La niña no se separaba de su madre—. Él me ha protegido.

—Parece estar muy débil —apuntó el niño.

—Lo llevaremos con nosotros —dijo el hombre—. Cuidaremos de él hasta que se recupere.

Y así Filian se dejó dormir. Por primera vez lo hizo sintiéndose realizado y se sintió feliz por haber hecho algo bueno.

### Capítulo 3: El poblado de nieve

—Ábrele el pico, sin miedo —dijo aquella voz masculina.

Notó unos grandes dedos en su boca que se la abrían a la fuerza y de pronto estuvo a punto de ahogarse. Filian abrió los ojos y tosió repetidas veces mientras se revolvía e intentaba liberarse.

—Calma, espíritu. Estás a salvo.

Él se quedó quieto. Miró a todos lados mientras terminaba de despertarse. Se encontraba a cubierto. Aquellas personas que había hallado en la montaña estaban a su lado. Lo que más le sorprendió de todo fue que tanto las paredes que los rodeaban como el techo parecían hechos de nieve. Entornó los ojos para observar mejor. Así era. El hombre lo sostenía y lo rodeaba con su brazo, mientras que el niño pretendía darle agua con un cuenco. Cuando Filian lo vio olvidó su sorpresa y bebió de forma desesperada. Una vez saciada la sed comenzó a moverse con brusquedad, no le gustaba estar cogido en brazos como si fuera un niño. El hombre lo depositó con cuidado en el suelo y él sacudió las plumas que se habían quedado aplastadas y tiesas.

—Gracias, noble espíritu del invierno —dijo el hombre—. Que tu honorable señora te bendiga por haber salvado a mi hija.

—Ojalá te oiga —murmuró Filian mientras se recolocaba las plumas del ala con el pico.

—Ella lo hace —La niña llegó a su lado y sonrió—, pero aún no puede darte lo que quieres.

Filian dejó de acicalarse y los miró entonces atónitos.

—¿Podéis entenderme?

—Ellos no, solo yo hablo con espíritus —contestó la pequeña.

Se quedó un rato pensativo, con más preguntas en la mente que otra cosa.

—Mi nombre es Adalith. ¿Cuál es el tuyo?

—Filian.

La niña se acercó a su padre y pareció preguntarle algo en voz baja, porque no la escuchó. Él asintió. Ella se volvió hacia él y le hizo un gesto enérgico señalándole la salida.

—Ven conmigo, te enseñaré el poblado.

Filian seguía sin entender dónde estaba, ni con quien, pero no tenía motivos para desconfiar de ellos. Siguió a la pequeña hacia la puerta, que no era otra cosa que un agujero en la pared. Fuera el sol lo cegó y comprendió que debía haber dormido toda la noche. Se encontró en un valle, al final de la cadena de montañas que había sobrevolado el día anterior y con el mar helado de frente. A lo largo vio al menos una docena de casas redondas hechas de nieve.

—Interesantes construcciones. Me sorprende que no muráis todos congelados de un momento a otro, o que no se os venga abajo el techo cuando sale el sol —dijo Filian.

—Los iglúes son así —La niña se movía con gran agilidad por aquel terreno irregular—. Los construimos con nieve seca durante el invierno y dentro hace mucho más calor que fuera. Nuestros antepasados lo aprendieron de los osos blancos.

—¿Y por qué no os hacéis casas con piedra y madera y vivís en ellas todo el año, como el resto del mundo?

—Eso es para los reyes y señores de lujos. Nosotros vamos de un lado a otro, igual que los lobos. Comemos lo que la naturaleza nos da y cuidamos de ella.

—Un momento —Él hizo memoria—. ¡Por los dioses! Si sois thiodos. Debí imaginarlo. Debo haber acabado muy al norte y en un lugar muy frío, demasiado para un mes de octubre.

—Estamos en diciembre.

Filian abrió mucho sus ojos de búho y la atravesó con la mirada desde abajo.

—¿Cómo has dicho?

—Es diciembre —repitió ella—. El solsticio de invierno será en pocos días.

Se quedó mudo entonces y pensó en ello. Su cabeza había caído y sus alas parecían pesarle demasiado para sostenerlas.

—¿Aún te encuentras cansado? —preguntó ella preocupada.

—No, yo... quiero estar un rato solo.

Desplegó las alas y se alzó en el aire. Voló lejos de los iglúes, hacia el límite del poblado, cerca del mar. Se posó sobre la rama de un pequeño arbusto sin hojas durante un largo rato. Reflexionó inmóvil con la mirada perdida en el horizonte. El cielo se hallaba más despejado, con pequeñas nubes que muy de vez en cuando tapaban el sol.

Estaba tan centrado en sí mismo que no se dio cuenta de que llevaba meses muerto, cuando a él solo le parecieron un par de días. Tenía asumido que en ese momento era un espíritu con forma de búho. Sin embargo, no se había parado a pensar en las consecuencias que habría tenido su muerte. Ya nunca más volvería a ver su castillo, ni a hablar con la gente que conocía. Tampoco se sentaría más en la mesa la noche del solsticio para ver a los juglares y los trovadores actuar. Jamás volvería a discutir con su hermano cuando se cansaba de sus sermones.

Lanzó un sonoro suspiro, demasiado alto para un ave como él. «Istian, te he dejado solo», pensó. «Yo era la única familia que te quedaba y ahora te verás obligado a cargar la corona cuando nunca lo deseaste. Y todo por mi estupidez y la avaricia de matar a un reno».

Al cabo de un buen rato escuchó unos pasos tras él. Miró de reojo y vio a la pequeña Adalith que caminaba hacia él. La acompañaba un anciano de cabellos grises, escuálido, con una mirada amable que reflejaba sabiduría.

—Filian —dijo ella—. Él es Solimer, el líder de nuestra tribu. Es el más viejo y sabio thiodo que encontrarás. Te puede ayudar si aún estás débil.

—Quiero estar solo. —Filian habló un tono más triste que molesto.

—Ya veo. —El anciano abrió mucho los ojos—. Hace poco que eres un espíritu, ¿me equivoco?

—¿Usted también puede entenderme? Creía que solo la niña podía.

—Aquellos que nacemos bajo la luz de la estrella Nimfis podemos ser bendecidos por ella. Allí habita la Señora del Invierno y es quien nos da la capacidad de hablar con sus espíritus.

Filian volvió a quedarse cabizbajo y en silencio. Solimer le ordenó a la niña que los dejara a solas y el anciano se sentó sobre la nieve, junto a él. Quedó a la altura de su cabeza.

—¿Qué es lo que te atormenta? Tal vez pueda ayudarte.

—Lo dudo mucho. Estoy condenado a ser un pájaro de ojos saltones para toda la eternidad, ¿cómo no habría de estar atormentado?

—La Señora del Invierno no condena. Ella no es vengativa por naturaleza, pues toma espíritus que sirven a la estación y proteger la vida que alberga.

—Sigue siendo una condena para mí. Pero no importa, porque empiezo a entender que la merezco por necio. Siempre he estado seguro de que era un buen rey y que mis acciones eran justas. Ahora que estoy muerto lo único que recuerdo de esa vida son privilegios, fiestas, comida placentera... y mucha soledad.

Me centré tanto en mí mismo que dejé solo a mi hermano, ¿y qué será ahora de él? ¿Cómo va a reinar si nada le enseñé? Pero todo eso ya no importa porque por culpa de mi estupidez ya no puedo hablarle. Y la Señora del Invierno me hará pagar mi pecado. No pienses que soy un alma honrada por ser un espíritu, porque de haberlo sido no sería un búho.

—De modo que tú eras el rey al que Adalith vio caer al hielo hará unos meses. El mismo que mató al reno.

—Sí. Como ves la Señora del Invierno tiene motivos para ser vengativa esta vez.

Solimer se rascó la barba canosa y poco poblada mientras contemplaba el cielo y meditaba.

—Dices no ser honrado —dijo el anciano—. Sin embargo, ayer salvaste a una niña a la que no conocías de morir aplastada bajo la nieve.

—Es cierto, pero eso no me redimirá ante mi reina.

—¿Y por qué lo hiciste?

Filian se quedó pensativo y en silencio. Lo cierto era que ni él mismo se explicaba qué le había empujado a ponerse delante de una avalancha sin saber lo que iba a suceder.

—No lo sé —dijo al fin—. Nunca antes tuve afecto por los críos, ni siquiera pensaba tener uno hasta que no me quedara más remedio. Jamás en mi vida hice un acto heroico, me contentaba con ver a otros hacerlo y después los condecoraba.

Guardó silencio de nuevo. Solimer no se movía y esperaba paciente a que continuara.

—Aunque admito que cuando era niño sí soñaba con ser caballero. Quería luchar por los demás y llenarme de gloria. Deseaba sentirme un héroe al levantarme por la mañana y moldear el mundo para hacerlo mejor.

—Ese parece un sueño muy noble.

—Lo era, pero solo era un deseo y mi padre me lo hizo entender cuando se lo conté. Yo no había nacido para ser un caballero, sino el rey. Y los reyes moldean el mundo desde el trono, dirigiéndolo y dando órdenes que los demás deben cumplir.

—Interesante.

—¿Qué es interesante?

Solimer sonrió y las arrugas que tenía alrededor de las comisuras se acentuaron dándole un aspecto más anciano, aunque más amigable.

—Tu castigo, querido espíritu, no es ser un búho ni servir a la Señora del Invierno. Tu verdadera condena siempre fue ser rey.

—¡Eso es absurdo! ¿Quién no querría ser rey y tener todas las comodidades que tuve? Lo que dices no tiene sentido.

—Eras un alma noble, deseoso de hacer el bien al mundo hasta que te impusieron que ese no era tu deber, sino de otros. Tu espíritu se apagó como una llama y fuiste lo que debías ser. Ahora has muerto y con ello te has deshecho del yugo que era la corona. Y en cuanto te has liberado y has visto la oportunidad de hacer un acto heroico, de bondad, lo has hecho sin pensarlo. Porque ahora tu deseo se ha convertido en tu deber. En este instante tienes la oportunidad de no ser más el rey cargado de comodidades y ser Filian.

El anciano se levantó con algo de dificultad y lo dejó solo para que pudiera reflexionar. Él miró de nuevo al horizonte y después contempló sus alas blancas. Saltó de la rama y voló tan alto como pudo, dejó que el viento lo meciera sobre el gran mar blanco y la mente se le aclarara. Podía sentir el cielo, ir adonde se le antojara, ser como quisiera... Hacer algo que de verdad mereciera la pena recordar y de lo que sentirse orgulloso.

Volar era liberador y emocionante. Allí podía verlo todo desde otra perspectiva, a su altura

nada era importante y el mundo le parecía un lugar distinto.

Pasó unos tres días con aquella tribu de thiodos, estos le alimentaban y dejaban que estuviera entre ellos. Su forma de vida era muy distinta a la que él había conocido. Cada familia tenía su propia casa de nieve. Sin embargo, a la hora de comer, hacer tareas cotidianas, buscar comida y demás lo hacían siempre en grupo. Los animales que mataban los aprovechaban del todo. Se alimentaban con su carne, usaban sus pieles para abrigarse y con sus huesos hacían utensilios. La caza no era ninguna diversión, sino una necesidad y por cada pieza conseguida daban gracias a la naturaleza. A menudo hacían ofrendas. Pero lo que más le gustaba a los thiodos era reunirse cada tarde, después del largo día sin descanso y antes de que el sol se pusiera sobre el mar. Todos se disponían alrededor de una enorme hoguera que prendían y duraba hasta bien entrada la noche. Allí los adultos se sentaban a charlar y los niños escuchaban cuentos y jugaban. Su líder, Solimer, los organizaba para el día siguiente y si tenía noticias que compartir las decía entonces.

Aquella tarde él se encontraba cerca de la hoguera, calentándose mientras los escuchaba hablar. Los niños corrían de un lado a otro y jugaban. El sol no estaba ya lejos del horizonte. Él se encontraba a gusto, ensimismado, miraba la lejanía cuando de pronto le pareció ver algo a lo lejos que surgía del hielo. Fue breve, porque desapareció de inmediato, pero sabía que sus ojos no lo habían engañado. Al poco tiempo volvió a verlo. Parecía una lanza que se asomaba y después se ocultaba de nuevo.

—¿Qué es aquello que hay en el hielo?

Adalith, quien no andaba lejos dejó de correr y miró en la dirección que le indicaba.

—¿Dónde?

Filian se posó de un salto sobre el brazo de la niña y miró mejor.

—¡Allí! ¡Se ve de nuevo! ¿No lo ves?

—No. Yo no tengo tan buena vista como tú.

—Salen una y otra vez, parecen espadas o lanzas.

Adalith se volvió hacia su hermano y le llamó para preguntarle lo mismo que Filian. El niño miró en la dirección que le indicaba y con un gesto le quitó importancia.

—Solo son narvales —dijo Izmer—. Atraviesan el hielo hacia el sur donde el agua está más caliente. Se ven manadas desde hace días.

—¿Narvales? —preguntó Filian—. No entiendo, ¿se trata de un animal?

—Sí —respondió Adalith—. Mi padre dice que en el sur se los llama... ¿Cómo era el nombre? Uni... uni... ¡Unicornios!

—Eso es imposible, se extinguieron todos.

—Pues allí hay muchos.

—Creo que tendré que verlos con mis propios ojos.

Alzó el vuelo mar adentro y cuanto más ascendía mejor veía lo que tenía ante él. Sobre el hielo había unas grietas que parecían formar un camino. No eran demasiado grandes, pero sí lo suficiente para que los animales salieran fuera a respirar. Cuando vio de qué se trataba no daba crédito, jamás había visto criaturas iguales. Descendió hacia una de las grietas y aterrizó sobre el hielo, muy cerca del borde. Desde allí pudo verlas bien. Parecían pequeñas ballenas grises. De su boca salía un cuerno en espiral igual al de los unicornios que había visto. En el palacio su padre tenía una colección de cuernos a modo de trofeos, pero aquellos eran mucho más grandes. Parecían lanzas. «Unicornios de mar», pensó. «Istian se desmayaría de la alegría con solo verlos». De pronto entristeció de nuevo mientras los contemplaba al pensar en su hermano. Despacio se dio media vuelta y voló otra vez, de regreso al poblado de los thiodos.

Se posó junto a Solimer, quien descansaba con tranquilidad al lado del fuego un poco apartado de los demás.

—¿Por qué crees que la Señora del Invierno me convirtió en un búho? —preguntó Filian.

—Jamás podría adivinar las intenciones de tu reina —respondió Solimer mientras sonreía—. No obstante, siempre se ha dicho entre los thiodos que los búhos son portadores de buena suerte.

—¿Y cómo podré averiguar mi misión entonces? Ella nada me dijo y no sé qué más hacer.

—Eres un espíritu, Filian, que está intranquilo. ¿Qué te calmaría en este momento?

Él lo meditó un instante y contestó sin vacilar.

—Ver a mi hermano.

—Entonces eso has de hacer. Es curioso que tengas ese deseo justo ahora, pues según algunos de los cazadores que se acercan a Ísterith, el rey ha llegado hace solo un par de días. Se dispone a pasar allí todo el solsticio y parte del invierno.

Filian abrió mucho los ojos y tuvo que contener el deseo de extender sus alas en aquel momento y marcharse sin despedirse.

—Y si voy... ¿De qué serviría? No podría hablarle, no sería para él más que otro pájaro.

—Es posible. Pero tampoco pierdes nada si vas, y puede que esta sea una oportunidad única para volver a ver a tu hermano.

—Cuánta razón llevas. Marcharé entonces hacia Ísterith. Imagino que llegaré adentrándome en el bosque, al sureste.

—No te preocupes por el camino, los espíritus siempre lo halláis.

—Te agradezco todo cuanto has hecho, Solimer, a ti y a tu tribu. Ojalá hubiera sido la mitad de rey que tú.

—El pasado ya no importa y nada has de agradecerme, ahora ve. Ve y averigua cuál es tu cometido.

Filian inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, pero antes de marcharse quiso despedirse de la pequeña Adalith. Esta entristeció al saber que se iba.

—¿Volverás?

—Por supuesto, soy un espíritu, nada puede detenerme. Y antes de irme, creo que es justo confesarte algo, pues no te mereces mentiras, pequeña. Yo soy el rey que viste morir bajo el lago helado, el mismo que mató al otro espíritu.

—Lo sé —dijo ella cabizbaja—. Lo supe desde el primer momento al reconocer tu voz. Al principio te odiaba por haber matado a mi amigo, pero después pensé que si la Señora del Invierno te hizo espíritu no podías ser malvado. Y, de todos modos, estos se reencarnan si no han cumplido su cometido, así que sé que él estará bien.

—Vaya, me alivia un poco saber eso. Ahora yo debo hallar mi propio cometido.

La niña lo abrazó y tras aquella última despedida Filian alzó el vuelo y emprendió el camino de regreso a su reino. Hacia el gran bosque de coníferas, donde todo terminó y comenzó al mismo tiempo.

## Capítulo 4: El ulular del búho

Regresar a Ísterith le llevó lo que le quedaba de tarde y parte de la noche. Distinguió el pueblo desde lo alto, con las chimeneas prendidas y las luces que procedían del interior de las casas. Sobrevoló el gran lago congelado donde su cuerpo se hallaría en algún lugar del fondo de este. No le prestó demasiada atención y continuó su trayecto. Descendió despacio en dirección al pueblo y se posó en lo alto de uno de los tejados y miró a su alrededor. Veía muchos caballos y estandartes reales. No había gente por las calles en aquel instante, todos debían estar durmiendo. Se acercó hasta el tejado de la casa de Marbo y se detuvo junto a la ventana superior, que estaba abierta. Escuchó un grito y una exclamación de sobresalto.

—¡Dioses! —dijo una voz masculina.

Lo vio, sentado sobre su cama, con su esposa que dormía a un lado y que por suerte no se había despertado. Quiso llamarle, pronunciar su nombre, pero sabía que solo escucharía ulular a un búho común y corriente.

Istian se había cortado el pelo, lo llevaba hasta las orejas y la barba la tenía bien cuidada. En aquel momento terminaba de atarse las botas y colocarse el abrigo sobre sus hombros. Volvió a mirar al búho posado en su ventana y sonrió, se llevó un dedo a los labios haciéndole una señal.

—No me la despiertes —susurró Istian mientras se levantaba para cerrar la ventana.

Filian saltó y voló hacia un poste cercano. Al cabo de unos segundos vio a su hermano abandonar la casa solo y sin escolta. ¿Adónde diablos iba a aquellas horas? Lo siguió con discreción y vio que se dirigía hacia la salida del pueblo, al lago. Parecía querer estar solo. No se detuvo hasta llegar a la orilla y se sentó en un rincón, sobre la nieve. Él se posó en la rama de un árbol cercano. Istian no parecía estar muy feliz. Nunca lo había visto tan decaído, con aquellas ojeras que rara vez se formaban bajo sus ojos. Estuvo cerca de él todo el tiempo, observándole sin hacer ruido. No le era difícil imaginar qué estaría pensando al contemplar ensimismado el lago.

Una figura se acercó a ellos, envuelta en un abrigo bien grueso. Alina, la esposa de Istian, llegó a su lado y se sentó junto a él. La joven tendría su edad. Era la hermosa hija de una condesa de la que su hermano había estado enamorado durante años hasta que su padre, poco antes de morir, le hizo el favor de comprometerlos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él a su mujer.

—¿Y tú? Llevas ya tres noches desde que llegamos levantándote para venir a este lugar. Y sé por qué. Sé que le echas de menos.

Istian bajó la cabeza y asintió.

—Él vino aquí por mí, porque yo le reté. Y eso me reconcome por dentro. De no haber sido por mis palabras estaríamos ahora mismo en nuestro castillo con un buen banquete, él portaría la corona y diría cosas desagradables, pero acabaría la noche dándome un abrazo y recordándome lo mucho que nos quería madre y que a pesar de nuestras diferencias me apreciaba. Pero tuve que decirle aquello. Ahora su cuerpo yace en el fondo de este lago y yo tengo que respetar su legado .

—Así que por eso has tomado la decisión. —Alina entrecerró los ojos—. Quieres honrar su memoria cumpliendo su última voluntad, aunque sea una catástrofe para nuestro reino y pueblos

como el de Ísterith sufran por ello.

—Debo hacerlo, Alina. No espero que lo comprendas.

—Pues explícamelo. Aquí y ahora, a solas, cuéntale a tu esposa porqué debes dejarnos sin invierno que, al fin y al cabo, forma parte de nuestra vida.

—No se trata de eso, no tengo nada en contra del frío. Me encanta esta época, adoro a todos los animales e Ísterith me parece un lugar maravilloso. Tiene una cultura extraordinaria y unos paisajes nevados hermosos. Pero desde que fui coronado no he tomado una sola decisión que nadie me cuestione. La gente que está a mi alrededor no cree que tenga el valor suficiente para portar esta corona. Lo único que no han cuestionado es el mandato de mi hermano y si retrocedo, si ordeno al hechicero que no lo haga... Entonces mis decisiones no tendrán ningún valor.

—Claro que lo tendrán. ¡Eres el rey!

—Pero no es suficiente. Puede que Filian fuera un terco, con unos modales cuestionables y que más de una vez errara, pero si había algo que admiraba de él era que nunca dudaba de nada. Si alguien se atrevía a cuestionarle se hacía respetar. Yo no sé si podré hacer eso. Para muchos sigo siendo el niño que perseguía unicornios.

Ella se acercó más a él y apoyó su mano enguantada sobre su hombro.

—Istian, escúchame. Eres un hombre muy honrado y noble, y eso no te hace menos respetable, ni deberías avergonzarte de ser así. Solo necesitas creer en ti y en cuanto los demás vean que puedes reinar de forma justa y sabia dejarán de cuestionarte.

—Ojalá pudiera creerlo.

—Te queda este invierno para decidir si lanzar o no ese hechizo, solo te pido que recapacites. Imagina las formas de vida que se perderán; los animales, las plantas... podríamos provocar el caos en el resto de estaciones.

—Ya he pensado en ello, pero por más que lo hago no puedo olvidar que es su última voluntad. Él era mi hermano y siento que se lo debo.

—¿Y qué ocurre con el resto de tu familia?

Istian frunció el ceño.

—Sabes que no tengo más.

—Es cierto, no la tienes. Pero la tendrás.

Él volvió la vista hacia su esposa y esta se señaló el vientre. Filian vio cómo su hermano dejaba su pena a un lado y sonreía de felicidad mientras la rodeaba con sus brazos. Des pues le dio un beso en los labios. Siempre había envidiado la relación que tenían, aquel era el tipo de amor que se hallaba muy pocas veces en la vida y que él jamás encontró.

—Vámonos —dijo Istian mientras se levantaba—. Hace mucho frío esta noche.

—¿Y lo del hechizo...?

—Te prometo que lo pensaré bien.

Ella se levantó también, se había puesto pálida y tiritaba. Él pasó un brazo alrededor de la cintura y de ese modo se encaminaron de regreso al pueblo. Filian volvió a quedarse pensativo, miró al lago maldiciéndose a sí mismo por no estar allí con él, en aquel momento tan importante.

—Por culpa de mi mente necia y egoísta mi hermano tendrá que aprender a manejar a los nobles sin ayuda, y para colmo pensará que hace lo correcto al tomar mi estúpida decisión de eliminar el invier...

Calló de pronto al darse cuenta de lo que estaba diciendo. Sus ojos se abrieron mucho y volvió a llamarse necio. La Señora del Invierno le encomendó que encontrara su misión para favorecerla. Después su instinto le había llevado de vuelta a Ísterith donde su hermano podría tomar una

decisión, por culpa suya, que la perjudicaría a ella. Por fin tenía claro lo que debía hacer, pero no sabía cómo lo lograría.

—Soy un espíritu —se dijo a sí mismo—. Si encontré la forma de detener una avalancha podré cumplir con esto.

Agitó las alas y bajó del árbol. Persiguió a su hermano, que acababa de entrar en el pueblo y se detuvo ante él. Ululando de forma escandalosa y sobresó a Alina.

—Qué animal tan hermoso. —Ella lo contempló fascinada—. Nunca había visto un búho tan blanco.

—Antes estaba en nuestra ventana —dijo Istian—. No sé qué buscará.

Volvió a ulular todo lo alto que pudo. De un salto se encaramó a los hombros del rey, enganchó su abrigo con sus patas y tiró de él. El resultado no fue el que esperaba, pues Istian se revolvió asustado, agitó los brazos y lo envió al suelo de un manotazo.

—¿Estás bien? —preguntó Alina—. ¿Te ha hecho daño?

—No, tranquila. Vámonos a la cama.

Filian se levantó de nuevo y volvió a ponerse en frente de él. Istian se lo tomó como una amenaza y se puso delante de su mujer.

—Parece que quiere decirnos algo —dijo ella.

—Tonterías, solo es un animal.

—¡No lo es! —exclamó una tercera voz a sus espaldas.

Marbo parecía recién levantado de la cama, con el cabello revuelto. Estaba delante de su casa, junto a un par de caballeros y el consejero Vendel. Se habían levantado al escuchar el revuelo. Algunos vecinos también estaban despiertos y miraban curiosos la calle donde se encontraban.

—Es un espíritu del invierno —dijo la voz de una anciana desde una casa—. No le hagáis daño, majestad.

—No lo haré si él no lo hace —dijo Istian—. Además, yo no creo en espíritus. Solo es un animal y quisiera volver a la cama.

Filian se levantó de nuevo del suelo y voló a unos pies de altura donde todos pudieran verle. «No sé cómo funciona, pero es hora de volver a hacer magia de espíritu», se dijo. Extendió entonces sus alas en el aire todo lo que pudo y el brillo que le acompañaba se intensificó hasta convertirse en una luz cegadora. Todos los presentes quedaron maravillados, vio a algunos caballeros caer de rodillas ante aquella visión. A ninguno le cabía duda entonces de que era un espíritu real.

Dejó de brillar, volvió a descender hacia Istian, quien seguía boquiabierto sin poder creer lo que acababa de ver. Lo agarró entonces del brazo y tiró de él.

—Quiere que lo sigáis, majestad —dijo Marbo.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero si os lo pide un espíritu debéis hacerle caso.

Istian miró a su esposa y esta asintió.

## Capítulo 5: La suerte del espíritu

—¿Qué se supone que hay tan al norte? —preguntó Istian mientras cabalgaba.

Llevaban casi dos días de camino por el bosque en dirección al norte. Habían organizado una caravana en la que viajaban los reyes, la corte, los caballeros, el consejero y el alcalde Marbo. El trayecto se estaba haciendo tedioso, las repentinas ventiscas los hacían acampar en el camino. El búho abría la marcha y los guiaba, si alguien protestaba pasaba muy cerca y amenazaba con arañarle la cara. Aquella tarde el tiempo mejoró y avanzaban más deprisa. Podían ver ante ellos la cordillera y el mar congelado que se extendía a un lado.

—Nada —contestó Vendel—. Nadie ha atravesado jamás el mar helado al norte, pues el frío es tan intenso que nada vive allí. No deberíamos tardar mucho en llegar al lugar donde nos dirigimos.

—Si mi hermano me viera movilizar a mis hombres para seguir a un pájaro... —Istian ladeó la cabeza.

—No es un pájaro cualquiera —le corrigió Alina que iba a su lado—. Todos lo vimos. Es un espíritu de verdad, su aparición fue un acontecimiento casi divino. Debemos descubrir qué quiere decirnos.

—La reina tiene razón —dijo Marbo—. En todos mis años he visto espíritus de invierno de forma sutil, pero nunca uno de ellos vino en nuestra búsqueda para guiarnos.

El sol se encontraba a poca distancia del horizonte cuando por fin hallaron el final del bosque. Todos se detuvieron al contemplar el prado nevado. Distinguieron a unas pocas personas sentadas alrededor de una hoguera. Aquella gente también pareció advertirles, algunos se pusieron de pie. Istian bajó de su caballo y todos le imitaron.

—¿Quiénes son estas personas?

—Una tribu de thiodos —señaló Marbo—. A pesar de que los llaman salvajes son gente pacífica, pero os ruego que no os mostréis hostil.

—No lo haré.

Comenzó a caminar hacia ellos. El búho pasó por encima de sus cabezas y se adelantó. Llegó en pocos segundos a la hoguera. Al momento el animal regresó, seguido de dos personas que le acompañaban, un anciano y una niña. Aguardaron en el sitio hasta que estos estuvieron frente a ellos. El hombre se aclaró la garganta antes de dirigirse al rey.

—Os doy la bienvenida, rey Istian de Baldrenia.

—¿Sabíais que vendría? —Él entornó los ojos.

—No, pero he oído hablar de vos. Veo que os han guiado hasta aquí.

—Así es, este espíritu apareció en Ísterith e insistió en que lo siguiéramos. Supongo que pretendía traernos a vuestro poblado.

—No os ha traído al poblado —dijo entonces la niña—sino al mar, quiere que veáis a los narvales.

—¿Los qué?

La pequeña señaló hacia el hielo, todos miraron en aquella dirección. El búho ululó de nuevo y voló mar adentro. Istian comenzó a caminar, se detuvo a los pocos pasos y miró hacia sus pies.

—¿El hielo es seguro?

—En pleno diciembre no tenéis nada que temer —dijo el anciano.

—Yo iré primero —El caballero Aramis se adelantó y llegó a su lado—. Permittedme, majestad, como compensación por no haber impedido que vuestro hermano cayera al lago.

Istian asintió en señal de aprobación. Siguieron al búho sobre aquel hielo, el rey iba detrás del caballero, seguido de su esposa, Vendel y Marbo. Al poco tiempo dejó de preocuparse por el suelo, ya que lo notaba bastante sólido. Sin embargo, era muy resbaladizo y tuvo que sostener a Alina antes de que se cayera.

—Deberías haberte quedado con los caballeros —dijo Istian.

—No impedirás que tras este viaje vea lo que hemos venido a ver —contestó ella altiva adelantándose a él.

Al fin llegaron a aquella grieta en el mar y se detuvieron para contemplar el agua, pues nada parecía albergar allí. El búho aterrizó dando círculos muy cerca de ellos y comenzó a ulular de nuevo. Picoteó el hielo y su resplandor se intensificó por un instante.

Todos esperaron durante un buen tiempo en el que nada sucedió y en el que el sol se ocultaba ya tras el mar. El frío se hizo más intenso, el viento comenzó a soplar más fuerte y ellos se miraron los unos a los otros. Istian perdió la paciencia y dio media vuelta.

—Soy un necio. Sabía que esto era una estupidez sin sentido.

—Istian... —lo llamó Alina.

—No. Me vuelvo a Ísterith, bastante tiempo he perdido ya.

Apenas avanzó unos pasos cuando el búho arremetió contra él y se le encaramó en el abrigo, a la altura de los hombros. Él agitó los brazos intentando quitárselo de encima, Aramis se adelantó para ayudarlo. Entonces algo golpeó el hielo desde abajo. Todos se quedaron paralizados y miraron bajo sus pies. Volvieron a sentirlo. El búho soltó al rey y regresó al suelo, al lado de la grieta. En ese instante algo emergió del agua, un cuerno en espiral que mediría lo mismo que un hombre seguido de un animal que parecía una ballena. Salió a la superficie, lanzó un chorro de agua por el agujero de su cabeza y volvió a hundirse en el mar. Istian, al igual que todos los presentes, se había quedado atónito. Sus pies se adelantaron en dirección a la grieta, hacia donde se encontraba el búho blanco. Este ululó de nuevo y aquella criatura volvió a asomarse, y no estaba sola. Comenzaron a emerger otras, todas iguales, con largos cuernos que les salían de la boca. La que se había asomado primero se acercó al rey, con la cabeza fuera del agua. Istian pudo tocar su cuerno, era como si de un sueño se tratase.

—En el pueblo hemos escuchado leyendas de estos animales, señor —explicó Marbo a sus espaldas—. Aunque nunca había visto uno. La gente de aquí los llama narvales, los unicornios del mar.

Istian dejó por un momento de mirar al animal y se volvió hacia el búho, sin importarle que le entendiera o no.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué querías que los viera?

—Porque viven en el frío. —La reina dio una palmada al comprenderlo—. ¿No te das cuenta, mi rey? Es una señal. Si acabas con el invierno perecerán los únicos unicornios que quedan.

—Tiene sentido —convino Marbo—. La Señora del Invierno ha debido mandaros un espíritu para salvar su estación.

—¿Es así? —preguntó Istian al búho.

Este asintió. El rey comenzó a caminar de un lado a otro. Miró de reojo a los narvales y a sus acompañantes. Se detuvo en seco al cabo de un instante.

—No puedo. Si no lo hago nadie confiará en mi palabra. Lo siento por las criaturas del

invierno, pero no puedo ceder.

Alina se llevó las manos a la cabeza. Marbo bajó la mirada con tristeza. Vendel y Aramis, quienes observaban todavía a los narvales, también parecieron decepcionados con su decisión.

—Admiro tu esfuerzo, espíritu —dijo Istian—. Pero me temo que ha sido en vano. Volvamos todos de una vez.

Se encaminó de nuevo hacia la orilla del mar. El búho volvió a ulular, pero él no quiso mirar atrás. Todo parecía haberse zanjado en aquel momento. En su interior sabía que era una decisión que lamentaría para toda su vida, pero no podía hacer otra cosa si quería ser implacable.

El cielo, que hacía un rato se había oscurecido tras la ausencia del sol y del que comenzaban a asomar estrellas, volvió a iluminarse. Sobre ellos aparecieron líneas de destellos hermosos que formaban un camino por el firmamento. Dejó entonces de escuchar al búho a sus espaldas y oyó un grito de sorpresa por parte de su esposa.

—¡Por los dioses! —exclamó Aramis.

—¡No es posible! —balbuceó Vendel.

Istian dio media vuelta y se quedó de piedra. Aquello que contemplaba era mucho más impensable que los unicornios de mar. Se dejó caer de rodillas, al igual que los demás. Donde había estado el búho blanco que resplandecía en ese momento se hallaba Filian el Osado, tal y como lo recordaba.

—Hermano, ¿en verdad eres tú?

—Lo soy, al menos en espíritu. Y vestido, algo que agradezco. Istian, no dispongo de mucho tiempo, de modo que seré breve. No puedes lanzar el hechizo, por favor, no sigas los errores de un rey necio que le llevaron a estar en el fondo de un lago. Eres mucho mejor que yo y debes reinar a tu modo. Y para ello no puedes pretender ser como yo, un egoísta que comía más de lo que podía mientras a su pueblo le escaseaba el alimento. No, tienes que ser mejor. Debes volver a ser el muchacho que perseguía unicornios.

—Nadie respetaba a ese niño, se burlaban de él. Necesito ser un rey al que se le tome en serio.

—Ya te toman en serio, te han seguido hasta aquí. Baldrenia no necesita otro bruto monarca que se quede sentado mientras los problemas abundan, sino a un hombre justo. Precisa de alguien que sepa lo que le conviene, aunque otros no lo vean así. Tú eres esa persona. Tú tienes las cualidades necesarias para ser rey, unas que yo nunca tuve. Por eso siempre te envidié y me burlaba. Así que deja de dudar y de lamentarte por lo que eres. Puedes hacerlo bien sin ayuda de nadie.

A Istian se le cayó una lágrima por la mejilla y esta vez no hizo nada por disimularla.

—Todo te irá bien, hermano —dijo Filian—. Estoy seguro de que la grandeza te aguarda. Prométeme que no destruirás el invierno.

—Lo prometo. ¿Y qué será de ti ahora?

—No lo sé, pero ya nada puede pasarme y mi espíritu en este momento está en calma. No temas por mí, soy feliz.

—Hay algo más que debo decirte, antes de que te vayas.

—Tranquilo, lo sé. Y serás un buen padre. Una vez dicho todo esto debo irme y esta vez me despido como es debido.

Filian les hizo una reverencia y su luz blanquecina volvió a extenderse, el búho blanco reapareció en su lugar. Se marchó volando y desapareció en la noche bajo las hermosas luces que aún brillaban.

Un par de días después el rey Istian se marchó del poblado de los thiodos con los suyos, de regreso a Ísterith. Ya había anunciado de manera tajante que el invierno seguiría formando parte

de sus vidas. Filian lo vio de lejos, posado sobre una roca lejana casi al pie de las montañas. No quería que lo vieran, pues sabía que solo le haría más difícil la despedida a su hermano. Él ya no formaría parte de su vida, y así debía ser. Lo despidió en la lejanía y pensó que tal vez sería la última vez que lo vería. Y allí permaneció, inmóvil y absorto, hasta que se hizo de noche.

—El rey Istian parece gentil y sabio —dijo de pronto una voz femenina cerca de él—. Le auguro un provechoso futuro.

Filian volvió la mirada y habría sonreído de tener labios, pero solo pudo abrir más los ojos. La Señora del Invierno se sentó a su lado, en otra roca cercana. Podía notar el frío gélido que emanaba de ella.

—¿Y qué me auguráis a mí? —preguntó él.

—Eso habrás de decidirlo tú y solo tú. Has pagado la deuda que tenías conmigo, de modo que eres libre de marcharte al reino de los muertos y descansar con el resto de tus seres queridos.

—¿Y cuál es la otra oferta?

—Quedarte aquí el tiempo que desees, como un espíritu más. Guardarías el invierno y protegerías a las almas que habitan en este. El reino de los muertos aguardaría un poco más tu llegada, pero quizá te resultaría más satisfactoria.

—Sí, yo también pienso que puedo hacer proezas con estas plumas. Creo que de momento permaneceré aquí, deseo descubrir quién es en realidad el verdadero Filian antes de marcharme del todo. Solo... si me permitís una pregunta...

—¿Por qué un búho? —Ella sonrió—. Porque llevan la buena suerte allá donde van. Y porque los adoro tanto como tu hermano a los unicornios.

Filian miró a la dama helada por última vez antes de que desapareciera y se fundiera en la nieve. Él desplegó sus alas y voló por el cielo salpicado de estrellas, en el que Nimfis brillaba más que ninguna.

Así permanecería él, de un lugar a otro. Allá donde el invierno fuera, estaría para protegerlo, cuidarlo y velar por sus almas. Llevaría la buena suerte consigo y llenaría su espíritu de alegría y serenidad.

**FIN**

## SOBRE LA AUTORA

Elena Morilla Margallo es una joven autora, apasionada de la fantasía y el terror que está intentando hacerse un hueco en el mundo literario y artístico. Empezó a gustarle la lectura desde muy pequeña y pronto comenzó a crear sus propias historias. También le apasiona el dibujo y la ilustración, otra de las artes a las que aspira. Por el momento ha autopublicado una saga de tres novelas cortas y varios relatos.

### **Puedes encontrarla en:**

Instagram: eleanacattleya

Twitter: @EleanaBlog

Youtube: EleanaVlog

## NOTA DE LA AUTORA

Espero de corazón que te haya gustado este relato tanto como a mí escribirlo. Si es así, por favor, no dudes en dejar una reseña o hablar de él a gente que creas que pueda interesarle. Cada gesto, aunque parezca insignificante, nos ayuda mucho a los autores noveles a mejorar y nos motiva a seguir escribiendo cada día. Muchas gracias.